

LECTIO DIVINA

VIGESIMO QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

(24 de septiembre 2023)

Is 55,6-9 Sal 144 Fil 1,20-24.27 Mt 20,1-16

La liturgia del vigésimo quinto domingo del Tiempo Ordinario nos invita a descubrir un Dios cuyos caminos y pensamientos están por encima de los caminos y pensamientos de los hombres, tanto como el cielo está por encima de la tierra. En consecuencia, sugiere que renunciemos a los esquemas del mundo y nos convirtamos a los esquemas de Dios.

La primera lectura pide a los creyentes que regresen a Dios. **“Regresar a Dios”** es un movimiento que exige una transformación radical del hombre, para que sus pensamientos y acciones reflejen la lógica, perspectivas y valores de Dios.

El Evangelio nos dice que Dios llama a todos los hombres a la salvación, sin considerar antigüedad en la fe, créditos, cualidades o comportamientos previamente asumidos. A Dios sólo le interesa cómo se recibe su invitación. Nos pide transformar nuestra mentalidad, para que nuestra relación con Dios no esté marcada por el interés, sino por el amor y la gratuidad.

La segunda lectura nos presenta el ejemplo de un cristiano (Pablo) que abrazó, de manera ejemplar, la lógica de Dios. Renunció a intereses personales y esquemas de egoísmo y autocomplacencia, y puso a Cristo, sus valores, su proyecto en el centro de su existencia.

Isaías 55,6-9

Busquen al Señor mientras lo pueden encontrar, invóquenlo mientras está cerca; que el malvado abandone su camino, y el criminal sus planes;

que regrese al Señor, y él tendrá piedad; a nuestro Dios, que es rico en perdón.

Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, sus caminos no son mis caminos, dice el Señor.

Porque así como aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los de ustedes y mis pensamientos a sus pensamientos". **Palabra del Dios.**

AMBIENTE

El Deutero-Isaías, autor de este texto, es un profeta anónimo de la escuela de Isaías, que cumplió su misión profética entre los exiliados de Babilonia, buscando consolar y mantener viva la esperanza en medio de un pueblo amargado, desilusionado y decepcionado. Los capítulos que recogen su mensaje (Is 40-55) se denominan, por tanto, **“Libro de la Consolación”**.

Estos cuatro versículos que nos propone la primera lectura de hoy aparecen al final del “Libro de la Consolación”. La liberación se acerca y, para muchos exiliados, el momento del regreso a la Tierra Prometida está cerca. Después de exhortar a los exiliados a realizar un nuevo éxodo y asegurarles que, en Judá, se sentarán a la mesa del banquete que Yahvé quiere ofrecer a su pueblo (cf. Is 55,1-3), el profeta les dice ahora otro desafío. ...

El tiempo del exilio fue un tiempo de angustia y sufrimiento, pero también un tiempo de madurez y gracia. Allí, Israel tomó conciencia de sus fracasos e infidelidades, y descubrió que vivir lejos de Dios no conduce a la vida y a la felicidad; por otro lado, el tiempo del Exilio ayudó a Israel a purificar su noción de Dios, la Alianza, el culto e incluso el significado de ser Pueblo de Dios.

El Deutero-Isaías –en este momento en el que se abren nuevos horizontes– invita a sus conciudadanos a seguir este camino de conversión y redescubrimiento de Dios que les reveló la experiencia del exilio. El Pueblo está a punto de partir hacia la Tierra Prometida; este “camino” no es un simple viaje geográfico sino, sobre todo, un “camino” espiritual de reencuentro con el Señor. Dejar la tierra de la esclavitud y regresar a la tierra de la libertad debe significar, para Israel, un redescubrimiento de los designios de Dios y un esfuerzo serio por vivir en fidelidad dinámica a los mandamientos de Yahvé.

MENSAJE

El llamado del profeta es, por tanto, a un nuevo comienzo. En estos nuevos caminos que las vicisitudes de la historia abrirán a los exiliados, este Israel renovado por la experiencia del exilio debe seguir buscando al Señor, invocándolo, cultivando vínculos de comunión y cercanía con Él.

Fundamentalmente, se invita a Israel a convertirse o, literalmente, a “regresar (en hebreo: ‘shûb’) a Dios”. Esta “conversión” requiere una transformación radical del hombre, tanto en términos de mentalidad como de comportamiento (“deje el impío su camino, y el impío sus pensamientos” – v. 7).

La mentalidad, valores, actitudes del “impío” y del “hombre perverso” están muy lejos de la mentalidad, valores y esquemas de Dios. La vida del “impío” y del “hombre perverso” obran dentro de una lógica de egoísmo, orgullo, autosuficiencia, violencia, explotación; las maquinaciones de los “perversos” generan sufrimiento, infelicidad, muerte... Dios obra según una lógica de amor, de servicio, de compartir, de donación; Los designios de Dios generan alegría, paz verdadera, vida definitiva.

Al Pueblo de Dios se le pide prescindir de la lógica del “impío” y del “hombre perverso” para abrazar la lógica de Dios; se le pide que no viva con los ojos fijos en la tierra, sino que mire al cielo y contemple los horizontes de Dios; se le pide que pueda confiar en Dios y comprender la rectitud de sus caminos. Sólo así el Pueblo podrá ser feliz en la Tierra a la que regresará; sólo así Israel podrá seguir siendo fiel a su misión de testimoniar a Yahvé entre los demás pueblos.

La conversión implica también (este aspecto es más sugerido que afirmado) un cambio en la manera de ver a Dios. El hombre siempre tiene una tendencia a construir un dios a su propia imagen, un dios predecible y domesticado que funcione según la lógica y la mentalidad del hombre. Sin embargo, Dios no puede reducirse a nuestros esquemas humanos: sus pensamientos no son los pensamientos del hombre, sus reacciones no son las reacciones del hombre, sus caminos no son los caminos del hombre.

“Convertirse” es, en este nivel, aprender que Dios no es reducible a nuestras lógicas y esquemas humanos; y es aprender que Dios tiene sus propios caminos, diferentes a los nuestros... “Convertirse” es, en este nivel, prescindir de nuestras certezas, prejuicios y autosuficiencias, confiar en Dios y en la bondad de los caminos por los que Él camina. dirige la historia de la salvación.

ACTUALIZACION

- Ante todo, nuestro texto llama a la conversión. “Volver a Dios” (como dice el Deutero-Isaías) significa, en este contexto, reequipar la vida, de modo que Dios se convierta en el centro de la existencia del hombre. Es cambiar el sentido de la existencia, para que Dios (y no el dinero, el poder, el éxito, los amigos, la familia) ocupe siempre el primer lugar en la vida del hombre. La cultura posmoderna ha prescindido de Dios... Consideraba que el hombre es el único dueño de su destino y que cada persona tiene derecho a construir su felicidad al margen de Dios y sus valores; consideraba que los valores de Dios no permiten al hombre potenciar sus capacidades y ser verdaderamente libre y feliz... En realidad, ¿qué es lo que nos hace pasar de la tierra de la esclavitud a la tierra de la libertad: el amor, el compartir, el servicio, ¿El don de la vida, o el egoísmo, el orgullo, la arrogancia, la autosuficiencia?

- Sin embargo, el hombre sólo puede convertirse a Dios y abrazar sus esquemas y valores, si permanece en comunión con Él. Es escuchando y reflexionando sobre la Palabra de Dios, en oración frecuente, en actitud de disponibilidad para acoger la vida. de Dios, en la entrega confiada en las manos de Dios, que el creyente descubra los valores de Dios y los asuma. Poco a poco, la acción de Dios transformará la mentalidad de este creyente, para que viva y sea testigo de Dios y de sus propuestas para los hombres.

- La conversión es un proceso interminable. Cada día el creyente tendrá que elegir entre los valores de Dios y los valores del mundo, entre llevar su vida según la lógica de Dios o según la lógica de los hombres. Por eso, el verdadero creyente nunca se cruza de brazos, asentado en certezas definitivas o logros absolutos, sino que se esfuerza por vivir cada momento en fidelidad dinámica a Dios y a sus propuestas.

- Finalmente, nuestro texto sugiere una reflexión sobre la imagen que tenemos de Dios. No podemos construir y testimoniar ante los demás hombres un Dios a nuestra imagen, que obra según nuestros

esquemas mentales y que asume comportamientos similares a los nuestros. Tenemos que descubrir, en diálogo personal con Él, a este Dios que nos trasciende infinitamente. Sin prejuicios, sin certezas absolutas, tenemos que ahondar en la infinitud de Dios, y dejarnos sorprender por su lógica, su bondad, su amor.

Salmo 144

R. Bendeciré al Señor eternamente.

Un día tras otro bendeciré tu nombre
y no cesará mi boca de alabarte.

Muy digno de alabanza es el Señor,
por ser su grandeza incalculable.

R. Bendeciré al Señor eternamente.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento para enojarse y generoso para perdonar.

Bueno es el Señor para con todos
y su amor se extiende a todas sus creaturas.

R. Bendeciré al Señor eternamente.

Siempre es justo el Señor en sus designios
y están llenas de amor todas sus obras.

No está lejos de aquellos que lo buscan;
muy cerca está el Señor, de quien lo invoca.

R. Bendeciré al Señor eternamente.

Filipenses 1,20-24.27

Hermanos: Ya sea por mi vida, ya sea por mi muerte, Cristo será glorificado en mí. Porque para mí, la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia. Pero si el continuar viviendo en este mundo me permite trabajar todavía con fruto, no sabría yo qué elegir.

Me hacen fuerza ambas cosas: por una parte, el deseo de morir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; y por la otra, el de permanecer en vida, porque esto es necesario para el bien de ustedes. Por lo que a ustedes toca, lleven una vida digna del Evangelio de Cristo.

Palabra de Dios.

AMBIENTE

Filipos, ciudad ubicada al norte de Grecia, fue la primera ciudad europea evangelizada por Pablo. Era una ciudad próspera, con una población formada principalmente por veteranos del ejército romano.

Organizada al estilo de Roma, estaba fuera de la jurisdicción de los gobernantes de las provincias locales y dependía directamente del emperador. Por tanto, disfrutaba de los mismos privilegios que las ciudades de Italia.

La comunidad cristiana, fundada por Pablo, Silas y Timoteo en el verano del 49, era una comunidad entusiasta, generosa y comprometida, siempre atenta a las necesidades de Pablo y del resto de la Iglesia (como en el caso de la colecta a favor de la Iglesia de Jerusalén – cf. 2 Cor 8,1-5). Pablo tenía un afecto especial por los “hijos” de Filipos.

En el momento en que escribe a los filipenses, Pablo está en prisión (¿en Éfeso?). De los filipenses recibió dinero y el envío de Epafrodito (miembro de la comunidad), encargado de ayudar a Pablo en todo lo que necesitara. Al enviar a Epafrodito de regreso a Filipos, Pablo le confía una carta a la comunidad. Es una carta afectuosa, donde Pablo agradece a los filipenses su preocupación, su preocupación y su amor. En él, Pablo da gracias, da noticias, informa a la comunidad sobre su propia suerte y exhorta a los filipenses a ser fieles al Evangelio.

El texto que hoy se nos propone forma parte de una pericopa (cf. Flp 1,12-26), en la que Pablo habla a los filipenses de sí mismo, de su situación, de sus inquietudes y esperanzas. Paulo es consciente de que su

vida corre riesgo; pero está sereno, feliz y confiado porque lo único que le interesa es Cristo y su Evangelio.

MENSAJE

Cuando escribe la carta a los filipenses, Pablo permanece en prisión. No sabe si saldrá vivo o muerto de ella, pero para él eso no es importante; lo importante es que Cristo sea engrandecido, ya sea por la vida o la muerte del apóstol.

Para Pablo, Cristo es la vida auténtica. Él es la razón de ser y de vivir del apóstol. Desde la perspectiva de Pablo, la muerte sería bienvenida, no como liberación de las dificultades y dolores que se experimentan en la vida terrena, sino como camino directo al encuentro definitivo, inmediato, sin intermediarios, con Cristo. A Pablo no le importaría morir en el corto plazo, porque significaría comunión total con Cristo. Especialmente significativa a este respecto es la conocida frase (que, de hecho, está escrita en su tumba en Roma): “para mí vivir es Cristo y morir es ganancia”.

Sin embargo, Pablo es consciente de que Dios puede tener otros planes y querer que continúe –en beneficio de las comunidades cristianas– en la tierra por algún tiempo más, dando testimonio del Evangelio de Cristo. Pablo lo acepta: por Cristo está dispuesto a todo. De hecho, no son los intereses de Pablo los que cuentan, sino los intereses de Cristo.

ACTUALIZACION

- Uno de los elementos más impresionantes y cuestionadores de este testimonio es la centralidad de Cristo en la vida de Pablo. Ante Cristo, todos los intereses personales y materiales del apóstol pasan a un plano absolutamente secundario. El apóstol vive de Cristo y para Cristo; nada más le interesa. Pablo aparece, en este aspecto, como el modelo perfecto del cristiano: para los bautizados, Cristo debe ser el centro de todas las referencias e intereses, la “piedra angular” alrededor de la cual se construye la existencia cristiana.

¿Qué significa Cristo para mí? ¿Es la referencia fundamental en torno a la cual se articula todo, o es sólo uno de los muchos intereses en torno a los cuales construyo mi vida? Cuando tengo que elegir, ¿hacia qué lado cae mi elección: del lado de Cristo o del lado de mis intereses personales?

- La misma cuestión – la cuestión de la centralidad de Cristo – puede plantearse respecto del testimonio que la Iglesia ofrece a los hombres y al mundo... ¿Es más importante hablar de Cristo y de su Evangelio que de los artículos del Código de Derecho Canónico? ¿Es más importante dar testimonio de Cristo y de sus valores que discutir la estructura jerárquica de la Iglesia? ¿Es más importante anunciar a Cristo y su propuesta de Reino que debatir cuestiones de organización y disciplina...? ¿Está verdaderamente Cristo en el centro de este anuncio que estamos invitados a hacer a los hombres de nuestro tiempo?

- En este texto también es impresionante la libertad total de Pablo ante la muerte. Esta libertad resulta del hecho de que la fe que anima al apóstol le permite afrontar la muerte, no como el más terrible y aterrador de todos los males, sino como la posibilidad de un encuentro definitivo y pleno con Cristo. De este modo, Pablo podrá dedicarse tranquilamente al ejercicio de su ministerio, sin que el miedo obstaculice su compromiso y su testimonio. También aquí la actitud de Pablo interpela y cuestiona a los creyentes... Para el cristiano, la muerte es el momento de la plenitud, del encuentro con la vida definitiva. No es un drama sin sentido, sin esperanza y sin esperanza. Para un cristiano, no tiene sentido que el miedo a la persecución o a la muerte impida el compromiso con los valores de Dios y el compromiso profético con el mundo.

Mateo 20,1-16

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: "El Reino de los cielos es semejante a un propietario que, al amanecer, salió a contratar trabajadores para su viña. Después de quedar con ellos en pagarles un denario por día, los mandó a su viña. Salió otra vez a media mañana, vio a unos que estaban ociosos en la plaza y les dijo: 'Vayan también ustedes a mi viña y les pagaré lo que sea justo'. Salió de nuevo a medio día y a media tarde e hizo lo mismo.

Por último, salió también al caer la tarde y encontró todavía a otros que estaban en la plaza y les dijo:

'¿Por qué han estado aquí todo el día sin trabajar?' Ellos le respondieron: 'Porque nadie nos ha contratado'. Él les dijo: 'Vayan también ustedes a mi viña'.

Al atardecer, el dueño de la viña dijo a su administrador: 'Llama a los trabajadores y págales su jornal, comenzando por los últimos hasta que llegues a los primeros'. Se acercaron, pues, los que habían llegado al caer la tarde y recibieron un denario cada uno.

Cuando les llegó su turno a los primeros, creyeron que recibirían más; pero también ellos recibieron un denario cada uno. Al recibirlo, comenzaron a reclamarle al propietario, diciéndole: 'Esos que llegaron al último sólo trabajaron una hora, y sin embargo, les pagas lo mismo que a nosotros, que soportamos el peso del día y del calor'.

Pero él respondió a uno de ellos: 'Amigo, yo no te hago ninguna injusticia. ¿Acaso no quedamos en que te pagaría un denario? Toma, pues, lo tuyo y vete. Yo quiero darle al que llegó al último lo mismo que a ti. ¿Qué no puedo hacer con lo mío lo que yo quiero? ¿O vas a tenerme rencor porque yo soy bueno?'

De igual manera, los últimos serán los primeros, y los primeros, los últimos". Palabra del Señor.

Para colocar el pasaje en su contexto:

Este pasaje nos coloca dentro de la sección del Evangelio de Mateo, que precede directamente a los relatos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Esta sección comienza en 19,1, donde se dice que Jesús abandona definitivamente el territorio de la Galilea para ir a Judea, dando así comienzo a su camino de acercamiento a Jerusalén y se concluye en 25,46, con el cuadro sobre la venida y el juicio del Hijo de Dios. Más en particular, el capítulo 20 se coloca a lo largo del recorrido de Jesús hacia la ciudad santa y su templo, en un contexto de enseñanzas y de polémica con los sabios y potentes del tiempo, que Él realiza con parábolas y encuentros.

AMBIENTE

En el texto que nos propone, Jesús continúa instruyendo a los discípulos, para que comprendan la realidad del Reino y, tras la partida de Jesús, sean testigos de él. Esta es otra “parábola del Reino”.

El cuadro que nos presenta la parábola refleja bastante bien la realidad social y económica de la época de Jesús. Galilea estaba llena de campesinos que, debido a la presión fiscal o a los continuos años de malas cosechas, habían perdido las tierras de su familia. Para sobrevivir, estos campesinos sin tierra alquilaron su mano de obra. Se reunieron en la plaza de la ciudad y esperaron a que los grandes terratenientes los contrataran para trabajar en sus campos o en sus viñedos. Por lo general, cada “jefe” tenía sus “clientes”, es decir, hombres en quienes confiaba y contrataba regularmente. Naturalmente, estos trabajadores “de confianza” recibieron un trato favorable. Este trato de favor implicaba, en particular, que estos “clientes” fueran siempre los primeros en ser contratados, de modo que pudieran ganar un “jornada” completa (un “denario”, que era el pago diario habitual de un trabajador no especializado).

MENSAJE

La parábola se refiere, pues, a un propietario de viñedo que, al amanecer, fue a la plaza y llamó a sus “clientes” para trabajar en su viña, acordando con ellos el precio habitual: un denario. El volumen de tareas a realizar en el viñedo hacía que este patrón saliera a media mañana, al mediodía, a las tres de la tarde y al anochecer, trayendo cada vez nuevas oleadas de trabajadores. El trabajo transcurrió sin incidentes hasta el final del día.

Al anochecer, los trabajadores fueron llamados ante el señor, para recibir el pago por su trabajo. Todos, tanto los que habían trabajado sólo una hora como los que habían trabajado todo el día, recibieron el mismo salario: un denario. Sin embargo, los trabajadores de primera hora (los “clientes habituales” del propietario del viñedo) expresaron su sorpresa y desconcierto porque, esta vez, no habían recibido un trato “favorable”.

La respuesta final del dueño del viñedo afirma que nadie tiene de qué quejarse si decide derramar su justicia y misericordia sobre todos, sin excepción. Cumple con sus obligaciones para con quienes trabajan con él desde el principio; ¿No podía ser bondadosos y misericordiosos con aquellos que sólo llegan al final? Esto no debería afectar a otros de ninguna manera...

Probablemente, la parábola sirvió principalmente a Jesús para responder a las críticas de sus adversarios, quienes lo acusaban de estar demasiado cerca de los pecadores (los trabajadores de la última hora). A través de él, Jesús muestra que el amor del Padre se derrama sobre todos sus hijos, sin excepción y por igual. Para Dios, no es decisivo el momento en el que se respondió a su llamada; lo decisivo es que haya habido respuesta a la invitación a trabajar en la viña del Reino. Para Dios, no existe un trato “especial” por antigüedad; a Dios, todos sus hijos son iguales y merecen su amor.

La parábola sirvió también a Jesús para denunciar la concepción que los teólogos israelíes tenían de Dios y de la salvación. Para los fariseos, Dios era, sobre todo, un “patrón” que pagaba según las acciones del hombre. Si el hombre cumpliera escrupulosamente la Ley, alcanzaría ciertos méritos y Dios le pagaría como corresponde. Según esta perspectiva, Dios no da nada; es el hombre que todo lo conquista. El “dios” de los fariseos es una especie de comerciante, que cada día registra las deudas y los créditos del hombre en su libro de contabilidad, que un día hace las cuentas definitivas, ve el saldo y da la recompensa o aplica el castigo.

Para Jesús, sin embargo, Dios no es un contador, siempre con lápiz en mano haciendo cuentas a los hombres para pagarles según sus méritos; sino que es un padre, lleno de bondad, que ama a todos sus hijos por igual y que derrama su amor sobre todos, sin excepción.

La parábola fue entonces propuesta por Mateo a su comunidad (probablemente la comunidad cristiana de Antioquía en Siria) para iluminar la situación concreta que la comunidad estaba viviendo con la entrada masiva de paganos en la Iglesia. Algunos cristianos de origen judío no podían comprender que los paganos, que llegaron después, estuvieran en pie de igualdad con aquellos que habían acogido la propuesta del Reino desde el principio. Mateo deja claro, sin embargo, que el Reino es un regalo ofrecido por Dios a todos sus hijos, sin excepción. Judíos o griegos, esclavos o libres, cristianos de la primera hora o de la última hora, todos son hijos amados de un mismo Padre. En la comunidad de Jesús no hay grados de antigüedad, raza, clase social, méritos... Don de Dios está destinado a todos, por igual.

Conclusión: La parábola nos invita a comprender que nuestro Dios es el Dios que ofrece gratuitamente la salvación a todos sus hijos, sin importar su antigüedad, créditos, cualidades o comportamiento. Por lo tanto, los miembros de la comunidad del Reino no deben hacer el bien con miras a una recompensa determinada, sino para encontrar la felicidad, la vida verdadera y eterna.

Una clave de lectura

En la figura de la viña, aparentemente sencilla y cotidiana, la Escritura condensa una realidad, mucha más rica y profunda, siempre más densa de significado, a medida que los textos se acercan a la revelación plena en Jesús. En 1 Reyes 21, se narra el hecho violento que envuelve a Nabot, un simple súbdito del corrupto rey Acab, el cuál poseía una viña, plantada, para su desdicha, precisamente junto al palacio del rey. La narración nos hace comprender cuánto fuera importante la viña, una propiedad inviolable: por nada del mundo Nabot la hubiera cedido, como dijo: “*¡Me guarde el Señor de cederte la heredad de mis padres!*” (1 Re 21,3). Por amor a ella, él perdió la vida. Como se ve, la viña representa el bien más precioso, la heredad de la familia, por cierta parte, la identidad de la persona; no se la puede malvender, ceder a los otros, cambiarlo por otros bienes, que no consiguen igualarla.

Ella esconde una fuerza vital, espiritual.

Isaías 5 dice claramente que bajo la figura de la viña se significa al pueblo de Israel, como está escrito: “*La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel: los habitantes de Juda su plantación favorita*” (Is 5,7). Este pueblo el Señor lo ha amado con amor infinito y eterno, sellado por una alianza inviolable; Él la cuida, igualmente como si lo hiciera un viñador con su viña, haciendo de todo para que ella pueda dar sus frutos más bellos. Israel somos cada uno de nosotros, toda la Iglesia: el Padre nos ha encontrado como tierra abandonada, reseca, devastada, rellena de piedras y nos ha cultivado, regado a cada instante; nos ha plantado como viña escogida, toda de cepas genuinas (Jer 2,21). ¿Qué más pudo hacer por nosotros, que no lo haya hecho? (Is 5,4) En su anonadamiento infinito Él mismo se ha hecho viña; se ha convertido en la verdadera vid (Jn 15,1ss), de la que nosotros somos los sarmientos: se ha unido a nosotros como la viña está unida a sus sarmientos. El Padre que es el viñador, continúa su obra de amor con nosotros, para que llevemos frutos y pacientemente espera; Él poda, cultiva, pero luego nos envía a trabajar a recoger los

frutos para ofrecérselos. Somos enviados a su pueblo, a sus hijos: no nos podemos echar para atrás, porque estamos hechos para esto: para que vayamos y llevemos fruto y nuestro fruto permanezca (Jn 15,16). Señor, vuélvete: mira desde el cielo y ve y visita tu viña (Salmo 79,15).

La promesa: un denario

El dueño de la viña establece como recompensa del trabajo de la jornada un denario; una buena suma, que permitía vivir desahogadamente. Más o menos corresponde al dracma pactado del viejo Tobías con el acompañante del hijo hacia la Media (Tb 5,15).

Pero en el relato evangélico este denario viene llamado enseguida con otro nombre por el dueño; dice de hecho: *“les daré lo que es justo”* (v.4). Nuestra herencia, nuestro salario es el justo, el bueno: el Señor Jesús. Él, en efecto, no da, no promete otra cosa que a sí mismo. Nuestra recompensa está en los cielos (Mt 5,12), junto a nuestro Padre (Mt 6,1). No es el denario que se utilizaba para pagar el tributo a los romanos, sobre el que estaba la imagen y la inscripción del rey Tiberio César (Mt 22,20), sino que es el rostro de Jesús, su nombre, su presencia. Él nos dice: *“Yo estaré con ustedes no sólo hoy, sino todos los días hasta el fin del mundo; Yo mismo seré tu recompensa”*.

El texto ofrece a nuestra vida una energía muy fuerte, que sale de los verbos “enviar”, “mandar” y “andar” repetido dos veces; todos se refieren a nosotros, nos llaman, nos ponen en movimiento. Es el Señor Jesús el que envía, haciendo de nosotros apóstoles: *“He aquí que yo los envío”* (Mt 10,16). Cada día Él nos llama para su misión y repite sobre nosotros aquello de *“¡Andad!”* y nuestra felicidad precisamente está escondida aquí, en la realización de estas palabras suyas. Andar donde Él nos manda, en el modo que Él lo indica, hacia la realidad y las personas que Él nos pone delante.

La murmuración y el refunfuño

Palabras importantísimas, verdaderas y muy presentes en nuestra vida de cada día; no podemos negarlo: habitan en nuestro corazón, en nuestros pensamientos y a veces nos atormentan, nos desfiguran, nos cansan profundamente, nos alejan de nosotros mismos, de los otros, del Señor.

Sí, en medio de aquellos trabajadores que se lamentan y refunfuñan, murmurando contra el dueño, también estamos nosotros. El rumor de la murmuración viene de muy lejos, pero, de todos modos, consigue anidarse en el corazón. Israel en el desierto ha murmurado duramente contra el Señor y nosotros hemos recibido en herencia aquellos pensamientos y palabras: *“El Señor nos odia, por esto nos ha hecho salir del país de Egipto para ponernos en manos del Amorreo y para destruirnos”* (Dt 1,27) y dudamos de su capacidad de alimentarnos, de llevarnos hacia delante, de protegernos. *“¿Quizás puede el Señor prepararnos una mesa en el desierto?”* (Salmo 77,19) Murmurar significa no escuchar la voz del Señor, no creer más en su amor por nosotros. Entonces nos escandalizamos, nos irritamos fuertemente contra el Señor misericordioso y nos indignamos contra su manera de obrar y queremos cambiarlo, recomponerlo según nuestros esquemas: *¡Se ha alojado en casa de un pecador! ¡Come y bebe con pecadores!* (Lc 5,30; 15,2; 19, 7). Si escuchamos bien, éstas son las murmuraciones secretas de nuestro corazón. ¿Cómo curarlas? San Pedro sugiere esta vía: *“Practiuen la hospitalidad los unos con los otros, sin murmurar”* (1 Pet 4,9); sólo la hospitalidad, o sea, la acogida puede, poco a poco, cambiar nuestro corazón y hacerlo receptivo, capaz de llevar dentro de sí a las personas, situaciones, realidades que encontramos en nuestra vida. “Acójanse” dice la Escritura. Así es: debemos aprender a acoger ante todo a Jesús, como Él es, con su modo de amar, de permanecer, de hablarnos y cambiarnos, de esperarnos y atraernos. Acogerlo es acoger al que está al lado, al que nos viene al encuentro, sólo este movimiento puede romper la dureza de la murmuración.

La murmuración nace de la envidia, de nuestro ojo malo, como dice el dueño de la viña, el mismo Jesús. Él sabe mirarnos dentro, sabe penetrar nuestra mirada y llegar al corazón, al alma.

Él sabe cómo somos, nos conoce, nos ama y por el amor por el que Él saca de nosotros todo mal, quita el velo de nuestro ojo malo, nos ayuda a tomar conciencia de cómo somos, de lo que vive dentro. En el momento en el que dice: *“¿Acaso tu ojo es malo?”*, como está haciendo hoy, en este evangelio, Él nos cura, toma el ungüento y lo unta, toma el fango hecho con su saliva y unge nuestros ojos hasta lo íntimo. Señor, te ruego: haz que yo vea: Con ojos buenos, sin envidia, con la acogida, sin murmurar.

Algunas preguntas para ayudarnos en la meditación y en la oración.

a) Este pasaje se abre con una partícula conectiva, “en efecto” que es muy importante, porque me remite al versículo que precede (Mt 19,30), donde Jesús afirma que “*los primeros serán los últimos y los últimos los primeros*” con las mismas palabras que repetirá al final de esta parábola. Palabras, por tanto, importantísimas, fundamentales, que quieren indicarme la dirección que hay que tomar. Jesús es el Reino de Dios, el reino de los cielos; Él es el mundo nuevo, al cuál estoy invitado a entrar. Pero el suyo es un mundo al revés, donde nuestra lógica de poder, ganancia, recompensa, habilidad, esfuerzo, no vale y se substituye por otra lógica, la de la gratuidad absoluta, del amor misericordioso y sobreabundante. Si yo creo ser el primero, ser fuerte y capaz; si ya me he colocado en el primer puesto en la mesa del Señor, es mejor que me levante ya y me vaya a ocupar el último puesto. Allí el Señor vendrá a buscarme, y llámámdome, me levantará, me colocará en alto hacia Él.

b) Jesús se compara aquí a un dueño de casa, usando una figura particular, que aparece muchas veces en el evangelio. Intento seguirla, atento a las características que ella presenta y tratando de verificar cuál es mi relación con Él. El dueño de casa es el amo de la viña, que se cuida de ella, rodeándola con un muro, excavando un foso, cultivándola con amor y sudor (Mt 21,33ss), para que pueda dar sus mejores frutos. Es el dueño de casa que ofrece una gran cena, con muchos invitados, llamando a su mesa a los más abandonados, los cojos, los ciegos (Lc 14,21ss). Es el que vuelve de las bodas y al que debemos esperar vigilando, porque no sabemos ni el día ni la hora (Lc 12,36); es el dueño de casa que ha salido para un largo viaje, que ha mandado vigilar, para estar preparados para abrirle, en cuanto regrese y toque a la puerta a la tarde, a medianoche, al canto del gallo o de madrugada (Mc 13,35). Comprendo, pues, que el Señor está esperando de mí, el fruto bueno; que me ha elegido como invitado a su mesa; que volverá y vendrá a buscarme y llamará a mi puerta... ¿Estoy preparado para responderle? ¿Para abrirle? ¿Para ofrecerle el fruto del amor que Él espera de mí? O por el contrario ¿estoy durmiendo, preocupado con otros miles intereses, esclavizado por otros dueños de casa, diversos y lejanos de Él?

c) El Señor Jesús, dueño de la casa y de la viña, sale repetidamente para llamarme y enviar: al alba, a las nueve, a mediodía, a las tres de la tarde, a las cinco, cuando ya la jornada está por finalizar. Él no se cansa; viene a buscarme, para ofrecerme su amor, su presencia, para estrechar un pacto conmigo. Él desea ofrecerme su viña, su belleza. Cuando nos encontremos, cuando Él fijándose en mí, me ame (Mc 10,21) ¿qué le responderé? ¿Me entristeceré porque tengo muchos bienes? (Lc 18,23) ¿Le pediré que me dé por excusado, porque yo ya tengo otros compromisos? (Lc 14,18) ¿Huiré corriendo desnudo, perdiendo lo poco de felicidad que me ha quedado para cubrirme? (Mc 14,52) O, más bien, le diré: “Sí, sí” y luego no iré (Mt 21,29). Siento que esta palabra me pone en situación difícil, me escruta hasta el fondo, me revela a mí mismo... quedo atónito, asustado por mi libertad, pero decido, delante del Señor que me habla, hacer como María y decir: “Señor, hágase en mí como tú has dicho” con humilde disponibilidad y abandono.

d) Ahora el evangelio me coloca de frente a mi relación con los otros, los hermanos y hermanas que comparten conmigo el camino del seguimiento a Jesús. Todos estamos llamados a estar con Él, a la tarde, después del trabajo de cada día: Él abre su tesoro de amor y comienza a distribuir, a repartir gracia, misericordia, compasión, amistad, todo Él mismo. Mateo hace notar en este punto, que alguno murmura contra el dueño de la viña, contra el Señor. Nace la indignación, porque Él trata a todos igualmente, con la misma intensidad de amor, con la misma sobreabundancia. Quizás está escrito también de mí estas líneas: el evangelio sabe poner un nudo a mi corazón, la parte más escondida de mí mismo. Quizás el Señor dirige precisamente a mí aquellas palabras cargadas de tristeza: “¿Acaso tú también eres envidioso?”. Me debo dejar interrogar, debo permitir que Él entre dentro de mí y me mire con sus ojos penetrantes, porque sólo si Él me mira, podré ser curado. Ahora rezo así: “Señor, te ruego, ven a mí, echa tu palabra en mi corazón y germine nueva vida, vida de amor”.

ACTUALIZACION

- En primer lugar, nuestro texto deja claro que el Reino de Dios (este nuevo mundo de salvación y vida plena) es para todos, sin excepción. Para Dios no hay marginados, excluidos, indignos, descalificados...

Para Dios, hay hombres y mujeres –todos sus hijos, sin importar color de piel, nacionalidad, clase social– a quienes ama, a quienes quiere ofrecer. salvación y a quien Él invita a trabajar en su viña. Lo único verdaderamente decisivo es si los interrogados aceptan o no trabajar en la viña de Dios. Ser parte de la Iglesia de Jesús es tener una experiencia radical de comunión universal.

- Todos tienen un lugar en la Iglesia de Jesús... ¿Pero tendrán todos la misma dignidad e importancia? Jesús garantiza que sí. No hay trabajadores más importantes que otros, no hay trabajadores de primera y de segunda. Lo que hay son hombres y mujeres que aceptaron la invitación del Señor –tarde o temprano, no importa– y se pusieron a trabajar en su viña. Dentro de esta lógica, ¿qué sentido tienen ciertas actitudes de quienes se sienten dueños de la comunidad porque “llevo más tiempo aquí que otros”, o porque “he contribuido a la comunidad más que otros”? En la comunidad de Jesús, la edad, la antigüedad en el servicio, el color de la piel, la posición social, la posición jerárquica, no sirven para justificar ningún tipo de privilegios ni ninguna superioridad sobre los demás hermanos. Aunque tengan funciones diferentes, todos son iguales en dignidad y todos deben ser acogidos, amados y considerados por igual.

- Nuestro texto denuncia también esta concepción de Dios como un “negociador”, que cuenta los créditos de los hombres y los paga en consecuencia. Dios no hace negocios con los hombres: no necesita las mercancías que tenemos para ofrecerle. El Dios que Jesús anuncia es el Padre que quiere ver a sus hijos libres y felices y que, por tanto, derrama su amor, gratuita e incondicionalmente, sobre todos ellos. Entonces, ¿qué sentido tienen ciertas expresiones de la experiencia religiosa que son auténticas negociaciones con Dios (“si me haces esto, te prometo aquello”; “si me das esto, te pago con aquello”)?

- Comprender que Dios no es un hombre de negocios, sino un Padre lleno de amor por sus hijos, significa también renunciar a una lógica egoísta en nuestra relación con él. El cristiano no hace las cosas por interés, ni con la vista puesta en una recompensa (el cielo, la “suerte” en la vida, la eliminación de la enfermedad, sacarse la lotería), sino porque está convencido de que ese comportamiento que Dios le propone es el camino a la verdadera vida. Quien sigue el camino correcto es feliz, encuentra paz y serenidad e inmediatamente cosecha su recompensa.

- A menudo nos encontramos con cristianos que no comprenden por qué Dios los ama y los acepta en su familia, en igualdad de condiciones con los hijos de la primera hora, aquellos que respondieron tardíamente a la llamada del Reino. Se sienten agraviados, incomprendidos, celosos, envidiosos y condenan, más o menos encubiertamente, esta lógica de la misericordia que, a la luz de los criterios humanos, les parece muy injusta. Desde su perspectiva, la fidelidad a Dios y a sus mandamientos merece una recompensa y ésta debería ser mayor cuanto mayor sea la antigüedad y la calidad de los “servicios” prestados a Dios. ¿Qué sentido tiene esta lógica a la luz de las enseñanzas de Jesús?